



ORGANO DEL HOGAR DEL SOLDADO DE LA AGRUPACION MIXTA DE MONTAÑA N.º 11

Año I

FIGUERAS, NOVIEMBRE 1949

Núm. 8

NOTA DE LA REDACCION:

NOS HONRAMOS EN INSERTAR LOS PRESENTES ARTICULOS INÉDITOS. «UN JEFE» Y «UNA ESTATUA» QUE PARA SU PUBLICACIÓN EN «EL MONTAÑERO» NOS REMITE EL «EXCMO. SR. GENERAL JEFE DE LA DIVISIÓN»



Un Jefe

FRENTE de Madrid. Los soldados de Franco habían llegado a los alrededores de la capital de España y se mantenían resistiendo las embestidas de las Brigadas Internacionales. La Ciudad Universitaria, Usera, La Moncloa, El Pingarrón, eran las avanzadas.

La lucha era feroz. Ellos deseando romper aquel cerco que los asfixiaba. Los nacionales con la vista puesta en Madrid como una novia querida a la que se intentó salvar de las garras de una fiera.

Terminaba el mes de febrero, cuando el mando rojo organizó una de sus más furiosas ofensivas. El Pingarrón era objetivo codiciado; pero no sabían que además de ser soldados de España los que habían clavado sus plantas en aquella altura, los mandaba un hombre extraordinario: el comandante Don Mariano Gómez Zamalloa.

No había amanecido, cuando siete mil infantes rojos se lanzaron al ataque con una masa de tanques por delante y un fuego de artillería aterrador como protección. Más de tres mil cañonazos en tan pequeño espacio de terreno habían removido las trincheras sin hacer vacilar en cambio la firmeza de los corazones de los hombres de Gómez Zamalloa.

A las siete de la mañana una bala hirió al valeroso jefe, que ni siquiera pensó en retirarse de la posición.

(pasa a la página 4)

Una Estatua

MAXIMINIO PUENTE es un buen muchacho. Sus compañeros de la Compañía de Cañones le toman en broma porque, eso es verdad, es un poco bruto; más que bruto, paleta. Nacido en un pueblecito serrano a pocos kilómetros de Madrid, no había venido a la capital hasta que lo llamaron a filas; y él que pasó la vida cuidando las vacas de un tío suyo, se asombra fácilmente de todo.

Ayer mismo vió una estatua en la Castellana y cuando le explicaron que aquello no era una figura decorativa, sino la recompensa que se daba a un hombre por sus méritos extraordinarios, comentó sencillamente:

—Pues poco contenta que se pondría mi vieja, si la dijese: Madre, venga usted a Madrid, que en medio de un paseo me han levantado una estatua porque soy un tío bueno».

Todos han soltado la carcajada, y en el dormitorio no se hablaba aquella noche más que de la estatua de Maximinio.

—¡Será de bronce, muchachos —gritaba uno—; Maximinio y una vaca en la Puerta del Sol!

El pobre chico aguantaba como podía el abucheo sentado, un poco triste, en la cama. A su lado se acerca José Manuel Ferriol, «El Cabo de las Gafas», como todos le llaman. Tiene fama de buena persona y de «hombre muy leído».

(pasa a la página 5)